

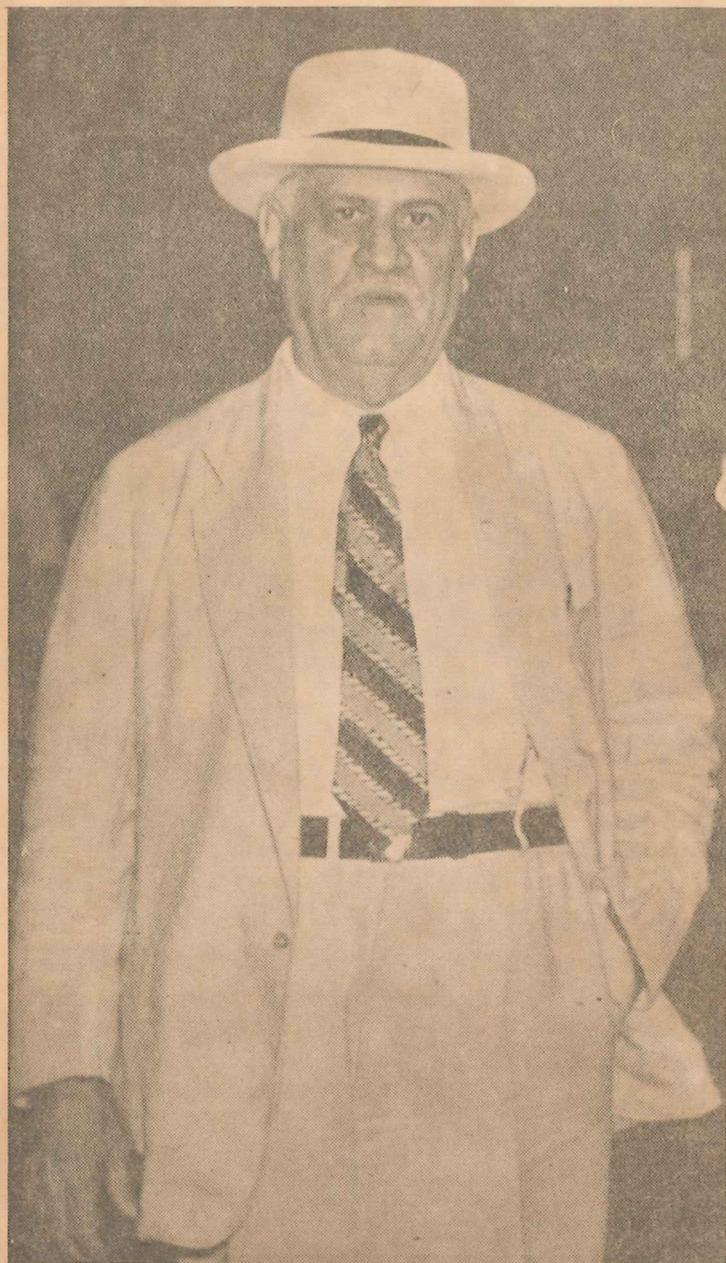
15/oct/1938

En la

Muerte de don

Antonio R. Barceló

RAFAEL TORRES CORDOVA



En la muerte de
don Antonio R. Barceló

DOS PALABRAS

La muerte del insigne varón puertorriqueño don Antonio R. Barceló ha sido el acontecimiento que más ha conmovido el alma de nuestro pueblo desde la fecha histórica que marcó la desaparición de don Luis Muñoz Rivera.

Fuí observador atento y emocionado de los últimos momentos de vida de este hombre, que hoy todo Puerto Rico llora. Estuve junto a su lecho durante la prolongada agonía y lo ví exhalar el último aliento. Escuché las plegarias de todos los que le rodeaban en aquel doloroso amanecer. Contemplé las lágrimas rodar por las mejillas blancas y delicadas de las damas presentes en aquel augusto recinto, y mis ojos se fijaron también en los rostros cuajados de angustia, de hombres que en sus vidas resistieron con valor, luchas y vicisitudes superiores a sus fuerzas. Todo el espectáculo desfiló ante mi vista.

Las emociones de aquella noche memorable vivirán en mí eternamente. Como tributo a la memoria del patricio fenecido, intentaré llevarlas a las páginas humildes de este panfleto, correspondiendo así a los deseos de amigos y compañeros de letras y de múltiples admiradores y correligionarios de don Antonio R. Barceló.

EN LA MUERTE DE DON ANTONIO R. BARCELO

En túmulo de flores coronado
está el patricio, pálido, tendido;
y nos da la impresión que está cansado
y que cansado se quedó dormido.

La noble frente donde estuvo el nido
de su ideal como un altar sagrado,
la ilumina ese cirio que ha prendido
la fe de un pueblo que luchó a su lado.

En larga procesión marcha el cortejo . . .
y una legión de amigos sigue al viejo
bajo un silencio que el dolor hermana;

Y pienso, mirándolo alejarse,
que el noble paladín ha de alegrarse
¡al cubrirlo su tierra borincana!

Fernando BERMEJO.

Palabras de don Antonio R. Barceló al ser izada la
bandera americana en Fajardo en 1898:

“Creo que no tenemos medios, dentro de la medida de nuestras fuerzas, para evitar ni impedir los hechos consumados; la invasión ha sido efectuada y estamos sometidos a las decisiones del Gobierno americano; y puesto que su representante aquí nos brinda la oportunidad de continuar en nuestros puestos, debemos aceptar tales indicaciones, porque entiendo que, al hacerlo así, llenaremos un deber ineludible para con el pueblo puertorriqueño.

Es necesario, sin embargo, hacer la salvedad, de que ejerciendo nuestros cargos en virtud de la carta autonómica que ha otorgado España a nuestro país, continuaremos en ellos mientras nuestra misión sea, solamente, la de acatar y obedecer las disposiciones justas de la nación americana; pero nunca como dominadora de nuestro país, sino como amparadora de nuestros derechos autonómicos, derechos que, en lo futuro, deseamos ver ampliados en el sentido de obtener la más completa independencia en nuestro régimen interior; deseamos el absoluto respeto a nuestro idioma, a nuestras costumbres y a todo lo que aquí constituye nuestros carísimos afectos.

Al tener hoy el dolor de ver arriada en este edificio la bandera española que representa la patria de nuestros padres, la nación que nos dió sus costumbres, sus tradiciones y su idioma, y donde aún viven nuestras más caras afecciones, no puedo menos de enviar en estos momentos aciagos un fraternal saludo a mis hermanos de ayer, para cumplir hoy con otro deber sagrado, cual es el de servir con todas mis fuerzas a Puerto Rico, mi única patria de aquí en adelante, y la cual, hoy más que en ninguna otra ocasión, necesita los servicios de todos sus hijos”.

Desde su gesto noble y honrado ante las tropas que izaron la bandera de los Estados Unidos en la Alcaldía de Fajardo en 1898 hasta los últimos momentos de su vida, Antonio R. Barceló representó en nuestra historia amor de patria y abnegación. Por la escala de la sumisión pudo haber ascendido al sitio de los poderosos y desdeñó el poder y los halagos. Por la vía de los negocios pudo haber logrado riquezas y desdeñó la fortuna. Rompió con todas las tentaciones que tan atractivas son para el débil y el mediocre y se abrazó a la causa de su patria. El drama de su pueblo le atraía. Por la felicidad de su pueblo lo dió todo. Varón ejemplar, la posteridad le dará puesto entre los grandes abnegados, entre nuestros grandes idealistas.

Miguel GUERRA MONDRAGON.

I

El viernes 14 de octubre de 1938, ya al filo de la media noche, paseábame yo por la Plaza de Armas de San Juan. Un hombre alto, vestido de blanco, trajo la noticia de la muerte de don Antonio R. Barceló, el jefe máximo de las huestes liberales puertorriqueñas. Inmediatamente me dirigí a la redacción de EL MUNDO, desde cuyas columnas he sido fiel informador de la opinión pública durante varios años. La noticia hubiese justificado la paralización completa de la edición ya en prensa porque, sin duda alguna, no había en todo Puerto Rico un solo lector del periódico que no estuviese interesado en la vida del glorioso paladín de nuestras libertades. Desde la redacción me comuniqué con amigos íntimos del Sr. Barceló y pude enterarme que aún vivía.

Medía hora después estrechaba yo la mano de Antonio R. Barceló, hijo, frente a la residencia de su ilustre padre. Familiares y compañeros suyos de profesión le acompañaban. En su habitación, don Antonio vivía artificialmente, sostenido por dos tanques de oxígeno. Cuatro médicos y una enfermera le asistían. Al día siguiente publicaba EL MUNDO una última hora titulada BARCELO AGONIZANTE, consignándose en ella que se habían perdido todas las esperanzas de salvar al enfermo.

Permanecí en aquel hogar hasta las diez de la mañana del sábado 15 de octubre. Don Antonio había fallecido a las ocho y once minutos de ese día. Observé perfectamente que a las ocho y diez minutos hizo el penúltimo movimiento de su boca. Muchos le creyeron muerto. Pero cuando el reloj de pared ante mi vista marcaba las ocho y once minutos fué que hizo el movimiento final y se quedó dormido.

De regreso a la redacción de EL MUNDO, transido mi corazón de dolor, escribí la descripción de sus últimos momentos, la cual inserto aquí:

“El ilustre líder puertorriqueño, don Antonio R. Barceló, murió ayer, a las 8 y 11 minutos de la mañana, en su residencia del Condado. Junto a su lecho de enfermo estaban su distinguida esposa, doña Josefina Bird de Barceló, y sus hijos Antonio, Josefina y María Angélica. También sus sobrinas y otros familiares. De rodillas en el aposento varias damas, el licenciado Benicio Sánchez Castaño y otro joven muy allegado a la familia. Hacia un extremo, el licenciado Félix Ochoteco, hijo, tratando de contener las lágrimas que bajaban por sus mejillas. Más allá los doctores Biascochea, Plá y Jiménez López, quienes por noches y días consecutivos coordinaron todos los esfuerzos de la ciencia para salvar la vida del amado patriota. Al lado de éstos, don José Ruíz Soler, el primer visitante que llegó a la casa durante la mañana. En la habitación contigua ocupaban asiento don José J. Benítez, amigo íntimo de don Antonio, don Julio López Cruz, don José Ramírez Santibáñez, don Santos P. Amadeo, el doctor Esteban Goenaga, el licenciado José López Baralt, numerosos representantes de la masa popular en que tanto arraigo tuvo la personalidad del insigne político, y dos repre-

sentantes de El Mundo, y uno de Puerto Rico Ilustrado.

Don Antonio murió serenamente, a pesar de la pulmonía tóxica que le privó del habla y del conocimiento a las nueve de la noche del viernes. A cada extremo de su cabecera una enfermera atenta y solícita. A la izquierda del lecho, su hijo Antonio con sus hermanas Josefina y María Angélica. Y sentada hacia los pies de su esposa doña Josefina, resignada y valerosa. Llegado el momento fatal, sólo se escuchaban en el recinto los sollozos de todos los que fueron testigos del adios postrero. Y en medio de ese ambiente de recogimiento y quietud, unos labios de mujer dejaron escapar cuatro palabras de consuelo: “ya no padecerá más”. Fué doña Josefina, la noble esposa del líder, la que habló, mientras sus hijos la estrechaban en un abrazo lleno de ternura. Luego el doctor Jiménez se acercó al ilustre fenecido y después de auscultarlo proyectó su mirada en derredor y procedió a cubrirlo con la frazada azul que le había abrigado durante la noche, saliendo de la habitación sin decir palabra. Los ojos del médico estaban humedecidos.

Isaac Santiago, uno de los más fieles servidores de don Antonio, quien fué por muchos años su chófer y a quien don Antonio quería como a un hijo, llegó momentos después de la muerte. Isaac se encuentra enfermo y había estado en la casa durante la noche, retirándose como a las tres de la madrugada. No pudo llegar a tiempo para ver al Viejo, como él le decía cariñosamente, despedirse del mundo terrestre. Isaac y Toñito Barceló se confundieron en un abrazo estrecho y prolongado, mientras ambos lloraban y sollozaban sin cesar. Toño e Isaac, a pesar de la condición humilde del segundo, fueron siempre buenos amigos y cama-

radas. Y a tal extremo le satisfacía a don Antonio esta amistad de su hijo con Isaac, que hablando con éste anteayer le dijo: "Mira, Isaac, si yo me muero en Estados Unidos está siempre pendiente de Toño. El te quiere mucho y yo sé que tú lo quieres a él. El es tu mejor amigo". También recomendó don Antonio a su antiguo chófer que nunca abandonara la religión católica. Estas fueron sus palabras: "No abandones nunca tu religión. Sigue siendo católico y muere como católico." Isaac le prometió no desviarse nunca de las doctrinas católicas.

Durante las primeras horas de la mañana de anteayer el estado de don Antonio no era de extremo cuidado. El secretario del Partido Liberal, señor José Enrique Gelpí, estuvo a verlo, y don Antonio le preguntó por las cosas del partido. Gelpí salió luego para Caguas en gestiones políticas y regresó por la noche para enterarse de la gravedad. En la casa se mantuvo durante toda la noche de anteayer y la mañana de ayer.

La gravedad comenzó a notarse a eso del medio día. El paciente apenas podía hablar, casi ahogado por los efectos de la enfermedad. A partir de este momento se temía el desenlace a cada minuto. Como a las nueve de la noche del viernes pronunció don Antonio sus últimas palabras. El pensamiento fijo en su país, inquiría por ciertos cablegramas de Washington. Y antes de entrar en el estado comatoso, del cual no salió ya jamás, dejó caer esta frase a manera de testamento político para sus millares de seguidores: "Puerto Rico primero, por encima de toda conveniencia". En seguida surgió la inconsciencia y al amanecer la muerte, esperada ya por todos.

Don Antonio — quién nació en Fajardo en el mes

de mayo de 1868 — rindió sus 50 años de forcejeos patrióticos con un suspiro tan tenue que apenas si fué percibido por los que le rodeaban. Fué inclinando la cabeza lentamente, a la par que sus párpados se cerraban, para entrar en la eternidad. Durante la noche hubo momentos de intensa emoción en aquel hogar por todos venerado. A eso de las dos de la madrugada se temió el desenlace. Y se desarrolló en el aposento una escena que jamás será olvidada por aquellos que la contemplamos. Hacia la izquierda del lecho doña Josefina tenía entre sus manos una de las de su esposo, acariciándola suavemente. A la derecha, Puruca, inclinada sobre el cuerpo de su padre, tendía sus blancas manos sobre las canas ilustres. Josefina Barceló también allí acariciando a su padre, y Toño, el hijo mayor, conversaba entre sollozos con el representante Félix Ochoteco. Este no se separó un momento del lecho desde que llegó a la casa hasta que murió don Antonio. Entretanto dos enfermeras vigilaban atentas los tanques de oxígeno que sostenían la vida del viejo luchador.

Durante la noche hubo ligeras fluctuaciones en el estado de suma gravedad. Como a las dos de la madrugada el pulso era de 160, lo que acusaba un estado peligroso. Una hora después había bajado a 120 pulsaciones por minuto, acusando mejoría. Fué a esa hora que don Antonio, sin ayuda de nadie, se inclinó hacia el lado izquierdo, manteniéndose en esa posición hasta momentos antes de morir. A las tres se retiraron a dormir unas horas los doctores Biascochea y Plá, quedando en guardia el doctor Jiménez. Los dos galenos regresaron como a las siete de la mañana y manifestaron que el pulso se mantenía fuerte. También llegó a esa hora el doctor Octavio Jordán, quien hizo la misma observación.

A las 7 y media se desconectaron los tanques de oxígeno para ser sustituidos por el procedimiento de globos de goma. Así se le administró el flúido hasta momentos antes de morir.

Doña Josefina estuvo durante toda la noche junto a su esposo, resignada ya a verlo morir.

Como a las 6 de la mañana llamó al señor Gelpí y le encomendó que se encargara de lo relativo al sepelio. Dijo que eran sus deseos enterrar a don Antonio junto a la tumba de su hijo Jaime, en el Cementerio de San Juan. Encargó a Gelpí de realizar las gestiones correspondientes con las autoridades municipales. También expresó que sobre la tumba de su esposo lo único que pensaba levantar "cuando Dios me lo permita" era una capillita donde pudieran ir sus familiares y amigos a rezar.

Media hora después de la muerte sostuvieron una conferencia con doña Josefina los señores Ramírez Santibáñez, Lastra Chárriez, Ochoteco y Gelpí. Fué acuerdo efectuar el sepelio hoy domingo por la tarde. Hasta las dos de la tarde de hoy el cadáver permanecerá en la casa mortuoria, de donde partirá a esa hora hacia Catedral y luego hacia el Cementerio de San Juan.

Entre las personas que acudieron a la residencia del señor Barceló durante la noche del viernes y el sábado por la mañana, recordamos las siguientes: José Ramírez Santibáñez, Alfonso Lastra Chárriez, José López Baralt, Francisco Baralt, Enrique Campos del Toro, César Andreu Ribas, Gustavo Jiménez Sicardó, Wilson Colberg, Joaquín Velilla, Benicio Sánchez Castaño, Félix Ochoteco, José E. Gelpí, Sebastián García Díaz, José Ruiz Soler, Miguel Ruiz Soler, Roberto H. Todd, Enrique Bird, doctor Octavio Jordán, Francisco Vizca-

rondo, Fulgencio Piñeiro, Filipino de Hostos, José J. Benítez, Julio López Cruz, Santos P. Amadeo, Guillermo Esteves, doctor Esteban Goenaga y nuestros compañeros Pablo V. Badillo, Rafael Torres Córdova y Jesús M. Morales.

El padre Rivera, de la Iglesia San Jorge, aplicó los Santos Oleos al señor Barceló.

Don José Ramírez Santibáñez nos dijo que hace dos o tres días solamente el señor Barceló persistía en sus propósitos de embarcar hacia Estados Unidos para someterse a tratamiento médico y que se estaban haciendo los preparativos para el viaje. El señor Ramírez Santibáñez lo visitaba todos los días y cambiaba impresiones con él sobre asuntos políticos y administrativos. Dice el señor Ramírez Santibáñez que cuarentiocho horas antes de morir estuvo hablando con el señor Barceló, sentado éste sobre la cama, y que lo había encontrado lleno de optimismo, muy esperanzado de lograr curación total a sus males en Estados Unidos."

II

A las 7 de la mañana del sábado 15 de octubre había circulado profusamente en esta Capital y en la Isla la edición de **El Mundo** que llevaba el mensaje de la gravedad extrema de don Antonio. A esa hora llegaron a la residencia los primeros visitantes. Muchos permanecieron allí, otros se retiraron confiados en que la resistencia física del paciente lograría imponerse otra vez y vencer todos los acechos de la muerte. Hora y media después estas alentadoras esperanzas se convertían en lágrimas y en sentidas expresiones de dolor.

Puedo decir sin acercarme siquiera a los linderos de la exageración que durante el día del sábado y la mañana del domingo desfilaron por aquel hogar más de cinco mil rostros distintos ávidos de posar por última vez sus ojos sobre el cadáver del paladín caído. Las ofrendas florales fueron tan numerosas que sobre la tumba del patricio se formó con ellas una montaña.

Hubo allí sinceras manifestaciones de amargura y de dolor de grandes y pequeños, pero las más tiernas, las más espontáneas, las más sinceras eran las de aquellos humildes representativos de la masa popular que tanto amor profesó a su caudillo.

Momento solemne aquel en que el féretro salía de la casa mortuoria. El pueblo en masa se arremolinó en porfiada contienda por echar sobre sus hombros el peso del cadáver. Y así, cargado por los suyos, llegó

hasta el Cementerio de San Juan. Deber mío fué también reseñar para **El Mundo** este acto de póstuma consagración, y he aquí lo que mi pluma pudo escribir después de abandonar emocionado el Cementerio de San Juan:

“El cadáver del ilustre patricio puertorriqueño don Antonio R. Barceló quedó sepulto anoche en el Cementerio de San Juan mientras millares y millares de compatriotas suyos, mujeres, hombres y niños, derramaban plegarias llenas de ternura y de emoción que parecían subir al infinito en pos de su espíritu, como para pedir al Señor paz eterna y descanso permanente en premio a sus sufrimientos y vicisitudes en la vida terrena, dedicada y consagrada a los más preciados ideales de libertad y justicia para su pueblo. Don Antonio bajó a las entrañas de la tierra a la misma hora en que la noche tendía sus sombras sobre el santo campo, donde reposa desde hace años su hijo Jaime, joven que en su breve tránsito por la vida dejó marcadas huellas de responsabilidad, honor y caballerosidad. La tumba, sencilla y austera, como cuadraba al carácter del hombre que albergaba, quedó arropada por una montaña de flores que manos humildes iban depositando con conmovedora reverencia.

La ciudad de San Juan, desde las primeras horas de la tarde, parecía vibrar íntegramente como impulsada por la sola idea de acompañar hasta el cementerio el cadáver del viejo luchador puertorriqueño. Sin distinción de matices o banderías, todos los ojos proyectaban sus pupilas hacia la casa del caudillo liberal, donde una esposa noble y valerosa y tres hijos buenos y sencillos lloraban la pérdida irreparable. Todas las banderas de la ciudad estaban a media hasta, en demostración de dolor y angustia. Casi todos los balcones

lucían crespones en señal de duelo. Y San Juan, que en las mañanas de los domingos siempre ofrece el espectáculo hermoso de los vendedores ambulantes de flores, estaba ayer huérfana del fruto de nuestros jardines. Se diría que hasta los más nuevos capullos prisioneros aún de los verdes cálices, se habían cortado para enviarlos a cubrir el cadáver del prócer desaparecido.

A las dos de la tarde, San Juan era un hormiguero humano. Desde el Capitolio hasta la Santa Iglesia Catedral millares de puertorriqueños ocupaban las aceras en espera del cortejo fúnebre. El Capitolio, la Casa de España, el Ateneo, el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, el ocupado por la Comisión Industrial y el Casino de Puerto Rico fueron convertidos en sitios estratégicos de observación por millares de personas. El tráfico por la carretera Ponce de León y las calles de San Juan hubo de ser suspendido para dar cabida a la enorme multitud. En la Plaza de Colón había más de tres mil personas congregadas. En la Plaza Baldorioty un número mayor. Y frente a Catedral jamás se ha visto concurrencia tan nutrida y compacta. Mirando el autor de estas líneas desde una azotea en la calle Cristo, la muchedumbre daba la impresión de una sola cabeza, cubriendo el atrio de la Iglesia y las calles adyacentes.

El entierro del ilustre político estuvo en todo momento revestido de la sencillez que supo imprimirle la masa popular que tanto le amó en vida y que tanto le ha llorado en su muerte. Se impusieron en este acto del sepelio de don Antonio la voluntad de su pueblo y los deseos respetables de sus familiares. En la rampa del cementerio, la comitiva fúnebre hizo un alto y a nombre de la familia, el licenciado José Ramírez San-

tibáñez, Presidente Interino del Partido Liberal, pronunció muy breves palabras. Dijo que el silencio era la mejor demostración del dolor de los corazones, por cuya razón no se iban a pronunciar discursos de duelo en el acto. Manifestó el señor Ramírez Santibáñez a sus compatriotas que habían cumplido con su deber con la asistencia al entierro y pidió a todos "silencio, silencio, silencio". Minutos después descendía el cortejo por la rampa, precedido por tres sacerdotes católicos y seguido por tantos millares de puertorriqueños que sería imposible calcular el número.

Decimos antes que en el acto del sepelio se impuso la voluntad popular. La mejor demostración de ello se hizo patente al ser sacado el sarcófago de la casa mortuoria. No permitió el pueblo que el féretro, cubierto por una bandera puertorriqueña, fuese conducido desde el Condado hasta San Juan en el coche fúnebre. Millares de hombros se brindaron para traerlo a San Juan. Y así se hizo el recorrido desde el Condado, siguiendo hasta la calle Parque y subiendo por dicha vía hasta la carretera Ponce de León para continuar la peregrinación hasta San Juan. Poco después de llegar la comitiva a la parada 23, comenzó a llover fuertemente, pero a pesar de la lluvia la muchedumbre que seguía el cadáver era tan compacta como en el primer momento y se nutría con las personas que en el trayecto se le sumaban.

Como una docena de policías en motocicletas encabezaban la manifestación mientras otros recorrían de extremo a extremo el trayecto para evitar obstáculos. Seguía a un lado de la carretera el coche fúnebre que el pueblo se negó a utilizar, y luego 22 automóviles cargados de flores. En cada uno de estos carros iba un miembro del Cuerpo de Bomberos. Luego iba el fére-

tro, cargado en hombros de la multitud. Los hombres se disputaban el privilegio de sentir por un rato el ataud sobre sus hombros. Y muchas mujeres hubo que también quisieron compartir el honor.

Cuando la comitiva se acercaba a la Iglesia del Sagrado Corazón en la Parada 19, se escucharon los dobles solemnes de las campanas y asimismo cuando se pasó frente a la Iglesia de Puerta de Tierra y cuando llegábamos a Catedral. En este augusto recinto el señor Obispo de San Juan, Monseñor Byrne, ofició en un responso dedicado al alma del señor Barceló. Fué asistido el señor Obispo en la ceremonia por los reverendos padres López, presbítero de Catedral; Vasallo, capellán del Regimiento de Puerto Rico; Ortiz, canónigo de Catedral, y Castela, párroco de Las Piedras. Terminada la ceremonia se emprendió de nuevo la marcha hacia el cementerio, siempre cargado el féretro en hombros del pueblo.

Hubo un momento de protesta en el curso de la manifestación de duelo. Ello ocurrió al pasar frente al Capitolio. Alguien sugirió que el féretro fuese subido al Capitolio, pero la multitud se opuso a que tal cosa se hiciera, escuchándose de todos los puntos voces que decían: "al Capitolio, no, no, no."

No solamente el pueblo humilde que tanto quiso al señor Barceló hizo el recorrido a pie desde el Condado hasta San Juan, sino que también personajes de alta significación en la política tuvieron igual gesto. Así, entre otros, don José Ramírez Santibáñez, don Alfonso Lastra Chárriez y don José Enrique Gelpí.

Al tomar la comitiva la calle Salvador Brau de San Juan, se sumaron a la misma varios miles de personas que aguardaban en la Plaza Colón. Todos fueron testigos de la espontánea demostración que se hizo al cor-

tejo mientras ascendía por la calle. De los balcones de las casas llovían las flores sobre el ataúd: azucenas, rosas, siemprevivas....

Los hermanos Horacio y Narciso Bassó se mantuvieron volando sobre la manifestación de duelo y luego sobre los terrenos del cementerio cuando se practicó el acto de enterramiento. Esta es la forma en que los aviadores acostumbran rendir sus homenajes de condolencia.

Cuando fué bajado el ataúd a la fosa, ya de noche, había miles y miles de personas en el cementerio rodeando a los hijos y demás familiares del señor Barceló que contemplaban el enterramiento.”

III

En la información que escribiera para **El Mundo** sobre los últimos momentos de vida de don Antonio R. Barceló decía que hubo un hombre que no salió de la habitación del varón insigne desde que llegó a la casa hasta después de ocurrida la muerte. Ese hombre fué el representante Félix Ochoteco, hijo, uno de los jóvenes liberales más apreciados y queridos por don Antonio. Ochoteco se mantuvo allí observando el desarrollo de la prolongada agonía. Conversando conmigo dos días después, hicimos recuerdo de aquellas horas dolorosas y de las escenas que allí se desarrollaron, de las cuales ambos fuimos testigos.

Si el destino hubiese hecho de Félix Ochoteco un periodista, no hay duda de que su relato hubiese superado al mío por mucho. Tan minuciosa fué su observación y tan precisas son sus anotaciones, que lo he invitado a escribir un artículo para **El Mundo** describiendo todo lo que sus ojos vieron en aquella noche que no se borrará jamás de mi pensamiento. A Ochoteco debo la satisfacción de poder agregar a mi información del domingo pequeños detalles de hechos que ocurrieron tal vez estando yo fuera del recinto o que pasaron inadvertidos ante mi vista.

La agonía comenzó como a las nueve de la noche. A esa hora fueron avisados los amigos más íntimos de la familia, que minutos después comenzaron a llegar

al hogar. Ya don Antonio estaba siendo sostenido artificialmente por medio de dos tanques de oxígeno colocados en la habitación. Su esposa, hijos, sobrinos y demás familiares se paseaban por la casa, sobrecogidos por el dolor que les embargaba. Ya la ciencia había agotado todos sus recursos y se esperaba fatalmente la muerte. Sin embargo, algún consuelo hallaron aquellos seres que tanto amaron a don Antonio, en la fe que siempre profesaron por la religión católica. Me cuenta Ochoteco que a eso de las siete de la mañana, la buena y noble esposa del caudillo liberal, doña Josefina Bird de Barceló, tomó un escapulario de la Virgen del Carmen y lo colocó entre las almohadas del lecho. Más tarde una de las hijas prendió el escapulario al pecho del enfermo. La santa imagen cubría su corazón en el momento supremo.

Los tanques de oxígeno fueron desconectados a las siete y media de la mañana por la enfermera que atendía a don Antonio. El doctor Jiménez extendió una mano y cerró las llaves. Todos los presentes creyeron que era el momento de la muerte y se miraron con gesto de asombro y de duda. Don Antonio seguía respirando. Acto seguido la enfermera trajo un globo de goma y comenzó a administrar el flúido directamente a la nariz. Se vació un globo y vino otro inmediatamente. Ya eran las ocho y cinco minutos de la mañana. Se acercaba la muerte. Y como para alumbrar el camino del espíritu hacia la eternidad, doña Josefina encendió un cirio frente a su esposo. Hecha la luz, cayeron de rodillas casi todos los presentes, hombres y mujeres, musitando plegarias al Señor. Así partió su alma hacia el infinito, en un ambiente de augusta religiosidad.

Don Antonio cayó como un roble, resistiendo con

valor todos los embates. En ningún momento desmayó su espíritu. Jamás pensó en la muerte. Ni siquiera le dió beligerancia a la idea de la muerte. Su optimismo no conocía límites. José Enrique Gelpí lo visitaba todos los días y me dice que siempre estaba formulando planes para el mañana. En una de sus últimas visitas le habló del programa del Partido Liberal, haciendo hincapié en que la orientación futura de la colectividad debía enmarcarse en el pensamiento político de don Luis Muñoz Rivera. Cada vez que hablaba de este tópico solía decir: "Muñoz era el que tenía razón."

Otra prueba de su optimismo se evidenció días antes de la muerte. Cuando fué puesta en escena la ópera Marina recientemente en el Teatro Tapia, don Antonio se empeñó en asistir a la representación "para recordar mi mocedad". Fué acompañado de su yerno don Antonio Romero. Momentos antes de salir de su casa recibió la visita de Félix Ochoteco, quien al verle tan animoso le dijo:

"Don Antonio, usted está hecho un gallo".

"Oye, si sigo así como estoy, paso del cuarenta"—fué la contestación jovial que recibió.

Ochoteco era quizás el único de los líderes liberales que se permitía gastar bromas a don Antonio, y éste siempre se las celebraba con cariño.

José Iriarte, el popular corneta del Partido Liberal, habló también con don Antonio como cuatro días antes de la muerte.

—¿Cómo está esa corneta?—preguntó el jefe.

—Como un cañón, don Antonio—respondió El Gallego, agregando que estaba preparado para entrar en la lucha comicial del 1940.

Después de la muerte El Gallego dijo que su corneta no volvería a tocar. Pero hablando posteriormente

conmigo me explicó que está dispuesto a revocar la promesa si se cumple la última voluntad de don Antonio de elegir presidente del partido al licenciado José Ramírez Santibáñez. Iriarte visitó al señor Ramírez Santibáñez y le hizo entrega de una sortija con una estrella liberal que siempre lleva en su persona, manifestándole que la conservara hasta la celebración de la asamblea. Explicó El Gallego que si el señor Ramírez Santibáñez no es electo presidente jamás volverá a usar la sortija ni a tocar la corneta.

IV

El autor de este planfleto puede afirmar que es la única persona en Puerto Rico que posee el tesoro de las palabras que pronunciara don José Ramírez Santibáñez en el acto del sepelio de don Antonio R. Barceló. Si este esfuerzo mío no tuviera otro mérito que el de legar esas palabras a la historia, bien que me daría por satisfecho en mi orgullo de periodista.

En el momento de ser pronunciadas las elocuentes frases, no pude anotarlas en mi libreta de apuntes para servir las, como eran mis deseos, a los lectores de EL MUNDO al día siguiente. Pero retuve en mi mente la esencia de la oración, siempre confiado en que el muy caballeroso autor de la misma, que será sin duda el futuro presidente del Partido Liberal, me ayudaría a reconstruirla. Así fué, en efecto, y gracias a la amabilidad de ese joven líder, me complazco en publicarla aquí:

“Compatriotas: Habéis cumplido con vuestro deber. Tenemos todos el pecho abierto de dolor y la copa de nuestros corazones llena del licor de las más hondas amarguras. Nuestro gran capitán descansa en el sueño eterno de la gloria. Y cumpliendo con su voluntad, que es un mandato, no habrá discursos en sus funerales. Es que él sabía que el silencio es el lenguaje más elocuente de los corazones.

Compatriotas: silencio, silencio, silencio . . .”

Ramírez Santibáñez ha hablado mucho conmigo después de la muerte del patriota immaculado. Me ha referido él, que estuvo junto al maestro durante los últimos años de su vida, que hubiese querido ver a don Antonio morir en una tribuna dirigiéndose a su pueblo o en el Senado de Puerto Rico pronunciando una arenga patriótica.

—¿Y por qué, don Pepe? — he preguntado yo.

—Porque esos eran los deseos de don Antonio, amigo Torres Córdova. El quería morir abrazado a su pueblo, en la arena del combate, defendiendo a pecho abierto sus ideales.

—Respetables deseos los suyos — dije yo. Lástima grande que no se le cumplieran.

* * *

Que don Antonio había escogido al señor Ramírez Santibáñez para sustituirle en la presidencia es cosa que nadie podrá negar, aún cuando no exista ningún documento que así lo acredite. A veces en la vida de los grandes conductores de pueblos los pequeños incidentes hablan con más elocuencia que la palabra escrita.

Por eso yo quiero traer a estas páginas un incidente ocurrido en la reciente reunión de la Junta Central celebrada en Caguas. Personas que estaban situadas cerca de don Antonio me dicen que éste a cada momento preguntaba cuándo iba a hablar Ramírez Santibáñez. Lo escuchó con delectación y al día siguiente lo hizo venir a su casa para abrazarlo por el discurso que había pronunciado. En este discurso el licenciado Ramírez Santibáñez mencionó dos o tres veces a “Nuestro Presidente”, refiriéndose al señor Barceló. Y puedo producir prueba de que cada vez que el orador pronunciaba esa frase, don Antonio le interponía:

“El Presidente es usted”.

En otra parte de su discurso el señor Ramírez Santibáñez dijo que el cargo por él desempeñado de Presidente Pro Témproe del Partido Liberal había sido creación personal de don Antonio, agregando que continuaría en su puesto mientras tuviese la confianza del Jefe. Entonces se levantó don Antonio y le dijo:

“Usted la tiene y la tendrá siempre”.

La publicación de estos apuntes históricos se debe a la gentil cooperación de la firma Méndez y Compañía, en mérito de lo cual el autor consigna su reconocimiento a los socios gestores de dicha casa don Emiliano Méndez, don José Ramón Alvarez y don Antonio Fernández.

CASA BALDRICH, SAN JUAN.